

jalar el hino

Textos: Dominique Rodríguez Dalvard

Fotografías: Victoria Holguín

Diseño: Carlos Narváez

Residencia Cultural, 2025

* * *



Publicación de Solar Cultural

www.solarcultural.com

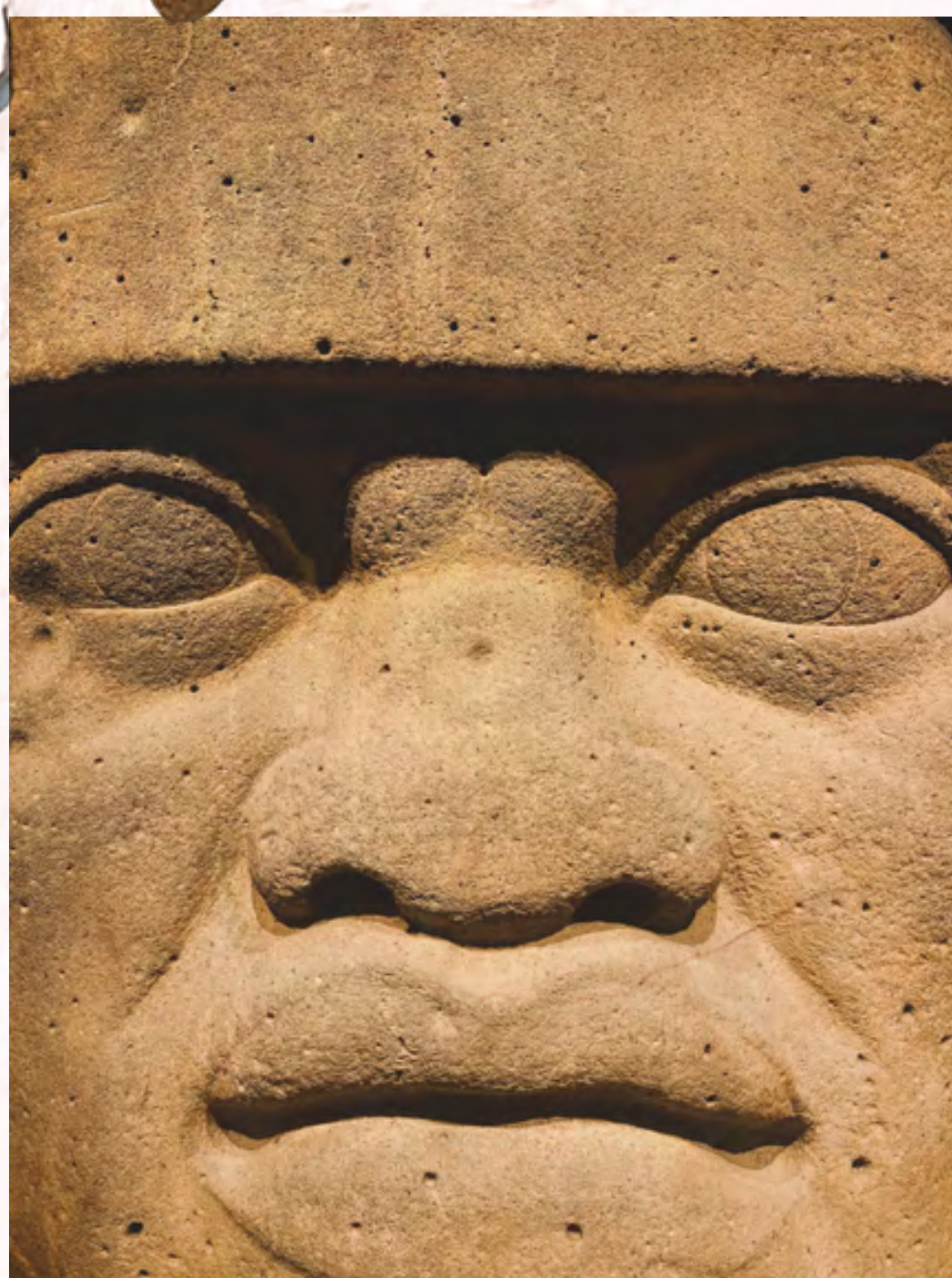
<i>Solar:</i>	
<i>La conexión entre ambos mundos.</i>	
<i>Acá la historia de viaje, de este viaje</i>	<i>5</i>
<i>Adriana</i>	<i>7</i>
<i>Ruth</i>	<i>13</i>
<i>Viaje al interior de la Huasteca</i>	<i>20</i>
<i>Madre tejedora</i>	<i>29</i>



Solar: La conexión entre ambos mundos. Acá la historia de viaje, de este viaje

Esta historia de viaje busca tejer, literalmente, un relato que conecte a una mujer, Adriana Sánchez (los pulmones de Casa Solar), con un pasado que fue fotografiado por otra mujer, Ruth Lechuga, a través de un objeto artesanal detonante, el quechquemitl, prenda elaborada en la tierra donde nació su padre, Jesús Sánchez, en Chalma Veracruz, vecino del pueblo nahuatl, San Pedro de Coyutla.

Esto ha significado transitar, por un lado, a través de una historia de familia, La Sánchez. Por el otro, por la vida de la fotógrafa austriaca que llegó a México en 1939, para nunca más irse de aquí y consagrarle su vida al coleccionismo de artesanías y a las fotografías del mundo popular mexicano. Y, por último, adentrarnos en los universos artesanales, de tejidos y alfarería, que fueron registrados en el acervo de Lechuga, durante los años 60 y 70 del siglo pasado; específicamente los que se centran en los territorios de Veracruz e Hidalgo.





CALLE CHICOPOTLA N.
570, SAN JUAN AGUILAR
San Cristobal, Campeche
Mex. C.P. 24000
Tel. 2400000 Fax 2400000
E-mail: KAMELO Fax 2400000

29



ENCUENTRO DE

1.

Adriana

Ardillas de colas largas,
gatos con cola de ardilla
búhos a deshoras,
perros grandes, pequeños y medianos,
con faldas
y taches y colitas y bellitas
y pelos y capas
y todos ladran en coro cuando
el camioncito repite, con la inconfundible voz de
María del Mar Terrón: “se compran colchones,
tambores,
refrigeradores, estufas, lavadoras, microondas o
algo de fierro viejo que venda”...
Andenes levantados por las raíces.
Y de raíces es esta historia.
chicas caminando de la mano,
chicos machotes, bien machotes, y no tan
machotes,
bocas devorando tacos en la calle
pieles chocolate
cuerpos chaparros y apretaditos,
que se imaginan, se imaginan, blancos y criollos.
Y aquí una puntada del tejido.
¿20 por ciento de indio?



¿4 por ciento de negro?

No, no y no, no soy un indio, y menos un negro,
yo tengo los ojos azules y soy güero. Como todos
los míos. Bueno, no tú, pero no importa.

Porque tú no te metes a la cocina,
más bien juegas al basket junto a la lima del
jardín, de este jardín,
y tú tienes que hacer lo que yo,
se les siente simbióticos, ella le completa las
frases, le conoce las anécdotas, lo quiere sin
refutarle, sin castigarlo con el silencio que llega
por otros lados.

“¿Te acuerdas cuando fuimos al puente
Tampico, hija? Sí, pa’, tenía ocho años”.
por eso te enseñó a manejar.

Y si ese indio conduce un Galaxy,
yo conduciré dos;
mi primer auto fue un Volkswagen, de 28.000 pesos
una carrera contra el tiempo,



para ser alguien; para hacerle el quite a ese dinero
que nada que alcanzaba para pagar la hipoteca.
Hay muchos flojos por ahí, pero yo no.

yo voy a ser alguien,

Y entonces se hizo ingeniero de puentes.

**porque para llegar a la meta solo se
necesita tener orden e ir por la derecha.**

“Que haya equidad entre los hijos”, dicta la
norma que él pregona, sin darse cuenta de que
ella es su preferida.

Por algún lado entra el desorden.

Ay Jesús.

Esa casa, esta casa, es muy poco
y este departamento también

¿Te sueñas con ir a Egipto?

Pues nos vamos para Egipto

Y a Nueva York, y a Moscú, y a Hong Kong

Yo quiero ir al Hermitage mami,

Pues allá iremos

todo, todo cuanto sueñes, hija

para eso somos blanquitos, hija

Mejor La Florida que La Constitución

Aquí, que sea la casa de Ángela y Marcelina, y
de Rosa y Consuelo,

Las tías con sus secretos entre muebles,
**y a dormir con la llavecita bajo la
almohada**

no vaya y sea me abran el armario.

**Mejor cerradito, hasta que la muerte nos
separe, amén.**

¿Madre? ¿Quién fue mi madre?

Tu madre. La madre

La tía abuela, quizá. Tía fuiste mi verdadera
madre.

Del armario faldas y chalecos, blusas, suéteres y
pantalones, qué monja eras.

qué desorden,

papeles, papelitos, recibos de caja, facturas,
billetes arrugados, monedas viejas

maquillaje,



fotos,
postales de viaje
boletos de autobús
tarjetas de presentación,
lentes de sol baratos
fólderes
el disfraz de hawaiana de cuando era niña, dios
cuánto guardaste, tía,
botones
hilos
el recibo de la máquina de coser Singer
y una caja. Ah, una caja.

En el ropero de mi tía
allí estaba todo
Abrí la cajita de Pandora con mi historia
de familia
Todos tenemos un armario bajo llave.
Una llave para proteger esa foto, el tesoro mayor,
la de la tía Marcelina posando cual adelita, una
tremenda soldadera,
con su cinturón de balas cruzadas,
¡Viva la Revolución!
Y entre esa caja no había galletas, pero sí un
mechón de pelo entre lienzos
ay ay ay,
Nos van a embrujar, mija
quema eso, mija.
Y se quemó.
Una foto, y otra y otra,
una mujer extraña, quién es esa al lado de mi tía,
y de nuevo otra con ella
qué cercanía, qué felices se les ve,
pero de eso no se habla
la llavecita está escondida, y así lo estará hasta
el final.
humm, es la mujer de la mueblería de Tacubaya,
por eso todos estos muebles de diseño...
el armario entre ellos.
Cuántos secretos nos empeñamos en esconder
con la llavecita bajo la almohada.
La pregunta es para qué queremos saber
¿estamos listos para saber?









2.

Ruth

Ruth llegó allí, a San Pedro Coyutla, Veracruz, como a tantos lugares de México, para volver. De eso, por allá en los años de 1950. **Su sello es que siempre volvió.** Algo inusual, porque lo usual es que se visita, se fotografía y, normalmente, se olvida, si acaso se expone y hasta se ganan premios o se mira de arriba abajo en alguna exposición, pero ¿quiénes eran esas personas frente a la lente?, ¿cómo se llamaban?, ¿qué hacían de sus días? Imaginarse que tuvieron una familia es eso, un ejercicio de la imaginación... pero Malena, María Magdalena, como las tantas bautizadas luego de la catequesis, existe, es de carne hueso y tiene una sonrisa amplia que revela su ausencia de dientes. Es una viejecita llorando al ver a sus padres el día de su boda.

Y la vemos, la foto:

María Concepción y Miguel, padres de la Señora Malena, en su solar. María usa joyería de Huejutla y viste un quechquémitl de San Pedro Coyutla. Ruth D. Lechuga, San Pedro Coyutla, Veracruz, 1979. Acervo Fotográfico Ruth D. Lechuga. Fundación Ajaraca, A.C. Y entonces Ruth fue, y regresó. Prometió volver y volvió. Y desistió del Deutch, su apellido de soltera porque nadie lo podía pronunciar. Se casó y se quedó con el de casada: Lechuga sí se puede pronunciar, se dijo. Y es inolvidable. Lo es. ¿Qué necesitas para seguir haciendo tu oficio?, les preguntaba a las artesanas.

¿Hilo?

¿Agujas?

Ambos, todo, todo eso, respondían en coro. y se las traían.

Pero ya Ruth no está,

y todavía necesitan hilo.

Ruth fue una mujer inusual. Llegó de Viena a México huyendo del nazismo. Tenía 19 años, apenas iniciada la Guerra, cuando logró escapar de la noche de los Cristales Rotos. Su padre se encantó con este país, tan lejos del suyo, y ella heredaría plenamente ese enamoramiento, al punto de decidirse a terminar su vida aquí





y nombrarse de aquí, por eso el Lechuga; primero fue el gusto de él, de Hans Deutsch, la arqueología magnífica. Luego, el gusto de ella, **la gente y no tanto las ruinas, magnífica toda ella, la gente.** Le resultaba un enigma cada cara, cada tez de colores distintos, tan distintos de su palidez europea, tan versátil también, de acuerdo al clima, al calendario. Quizá por eso su fascinación con las máscaras, porque revelan las muchas facetas que aquí hay, eres blanco, o moro, o puerco, o tigre, o diablo, o perro, o jaguar o chica. Perseguida por judía, expulsada de su país, **entendió lo que significaba ser perseguido, por negro, por indio, por pobre.** Y se empecinó en darlos a conocer, en que su país de acogida conociera que estos eran sus ancestros, no los invasores. Por eso borró el virreinato de su manera de contar la historia de México. Por eso su afiliación, y militancia de base, al partido Comunista. Creyó, siempre creyó en un mundo mejor. Mejor, por su gente.

Y así, viajó y, con cámara en mano, trató de congelar el momento festivo que estaba presenciando. Ese que les ofrece a los pueblos acabar con las rencillas por un instante.

No somos peces para vivir del mar

No somos aves para vivir del aire

Somos hombres, para vivir de la tierra.

¡Viva Zapata! (sonaba ayer en el Museo de Antropología)







Ruth fotografiaba para demostrarles que la alegría sí podía pasar. Y pasaba. Para fijarla en sus ojos, para mirarla con detenimiento, para recordarlo todo luego, para entender que le faltarían varias tomas más para comprender el sentido del baile, para comprender el poder del ritual. Y regresó, muchas veces como lo atestiguan su archivo inmenso, para tener esa fiesta en distintos años, para ver envejecer a sus protagonistas, para acompañar los adioses y las ofrendas, para estar allí desde la confianza. Lo increíble es que, posiblemente sin saber lo que estaba haciendo al inicio, empezó a coleccionar los objetos que le conmovían, máscaras, textiles, ollas de barro, más de 18 oficios artesanales. La fotografía vino a apoyarla. Retrataba el objeto y, con ello, la elaboración del objeto, las manos hacedoras, las caras y cuerpos en concentrado oficio. Esto le permitió construir un inventario de artesanías que, a lo largo de los años, iban cambiando en su hechura. Nada mejor que sus fotos para ver esta evolución. Y, así, Ruth Lechuga, se convirtió en testigo de un tiempo en riesgo de desaparición que hoy honramos al recordarla.







3.

Viaje al interior de la Huasteca

Nos preparamos para el viaje.

la Hija dicta el orden, siempre el orden

¿Quién lleva el Licor 43 para el carajillo?

¿Quién duerme dónde? ¿En casa de papá en Chalma o en hotel en Huejutla?

la caravana será la siguiente, se nos informa:

Cadillac Negra

Conduce: Pericles

Audi Q5 Plata

Conduce: Yo mera

Lincoln Negra

Conduce: Mi papá (el jefe supremo)

Nissan Pickup Plata

Conduce: el tío Toño

Y arrancamos el jueves 6 de febrero, a las 6 de la mañana

Pericles, el primo, conduce la gran Cadillac negra. Es una ballena. Arranca contándonos que fue nombrado así por sus padres José Guadalupe y Josefina; y porque sus familiares han sido todos profesores y cuando nació estaban en el siglo de Pericles, gobernante ateniense por 30 años. Vamos contra el tráfico, así que no es un infierno como el que le toca a quienes ingresan a la capital. Cruzamos el Vigilante de Peña Nieto, esa escultura tan fea y tan grande que su creador dijo que era para pasar rápido a su lado... y cruzamos por Ecatepec de Morelos, luego de la caseta. Indira cuenta que allí nació y se apura a decir que es el lugar más violento del país... y lo fue del mundo... trae, además, como para ambientar la madrugada, el relato de la tamalera que asesinaba jovencitas y que alcanzó a hacer miles de tamales con las carnitas de 50 de ellas... ay las pobrezas que llevan a la demencia, decimos todos, incrédulos y recordando la leyenda de La Huasteca que da origen al tamal gigante o Zacahuil, también nacido de una tragedia... de la muerte que se le da a un hombre violento y al que las mujeres cocinaron y se comieron para recuperar el honor perdido. **Todo se hace historia aquí. La tragedia no es solo griega.**

Nos removemos del desconcierto viendo los

globos de Teotihuacán despertándose con

el calor entre sus pieles de nylon. Siguen los

magüeyes, para las pulquerías, y las antenas y,

por fin, el sol naciente. Luego, por la carretera

hacia Tulancingo un pacto no dicho entre

conductores: tú te orillas y andas en medio de la

línea blanca y así me dejas pasar y volvemos una

vía de dos carriles una de cuatro. Has de saberlo

si quieres sobrevivir en esta ruta.

Son las 7 y 35 am, vemos la niebla aparecer.

Afuera, aunque el sol brilla, hace 7 grados. Atrás duermen.

Pasamos por el primer puente de Jesús: el

acostillado de Texcapa, parece un dinosaurio acostado.

Siguen los muchos camiones bala que

transportan gas propano de las minas de

Tuxpan; alimentan las estufas del DF. Hay que

tener cuidado con los guachicoleros, me dice

Pericles, son los ladrones de combustible, unos bandoleros.





Lincoln es la gama alta de Ford y Cadillac, la de Chevrolet GM. Como no sé de carros, solo asiento y entiendo en lo que estoy sentada. Sonríó y acomodó el trasero con dignidad. Me cuenta también que a donde vamos, **a Chalma, le decían “lugar de arena”, porque los ríos pasaban y allí la dejaban**”, eso le decía el abuelo Gregorio Sánchez Galván, casado con Celedonia Arguelles, padres de sus padres José Guadalupe, el profe Lupito y Josefina Leal Martínez. De su padre, recientemente fallecido, recuerda su vocación de maestro y el cariño que le tenía la comunidad, pues hablaba nahualt y se quedaba fuera de horario para nivelar a sus estudiantes. También cuenta que le gustaba el juego, la baraja, los dados y el dominó; que cazaba conejos, armadillo —que sabe a puerco, me dice ante mi cara de pregunta— zarigüeyas y zorrillo, y que el abuelo cazaba jabalí. Los 27 son los días de los rezos de su papá. Ya casi, otro mes más.

Segundo puente, prepárate me dice. Es el Gilberto Borja, antes de San Marcos. Es enorme. **Una serpiente que vuela. Un dragón. Sorprende imaginarse un puente.**

Son las 10:05 y estamos a 26 grados.

Cambia la vegetación, aparecen los platanales y hay sembradíos de naranja, cítricos y jaca o fruto del pan, esos gigantes verdes con sus púas en los puestecitos a los lados de la caseta.

Vamos bajando a Tuxpan, ¡ya estamos a nivel del mar!

Ya tenemos a Chalma a 300 metros, uff, 420 kilómetros, qué descanso después de un par de horas larguísimasss por la vía a Tepetzintla, entre huecos y topes (en Colombia les decimos policías acostados). Para llegar aquí atravesamos cuatro estados: México, Hidalgo, Puebla y Veracruz, nuestro destino.

28 grados

la vista es bella, boscosa al horizonte

29 grados, Auto hotel Éxtasis

La casa. ¡Llegamos!

Nos recibe la guajolote de cuello azul, pavita que se cree gallina y que camina con los polluelos a su lado y con su mejor amiga, mamá gallina. Vemos allí un lazo entrañable.

En la mesa enorme, chicharrones y pielecita de puerco recién fritada, sangre sin tripa, carne de cerdo y quesadillas verdes y rojas, muchas quesadillas verdes y rojas, tamalitos de frijol con verdolaga y agua de flor de Jamaica y naranjada recién cosechadas; salta el picante y vienen los brindis. El mezcal, luego. La champaña, al final. Cuando haya pasado todo.

Será un tiempo veloz

un tiempo no tiempo, en todo caso, ese en donde nos detendremos en el tiempo el de las fotos de Ruth tomadas entre 1963 y 1979.

Voces, imágenes y miradas, la Presidencial Municipal de Chalma te invita a la exposición de fotografías de la colección textil de San Pedro Coyutla, tomadas en los años 1963 y 1979, este viernes 6 de febrero, en punto de las 4 de la tarde, en la galera pública, ven a conocer más de nuestra cultura. ¡Los esperamos! (suena fuerte el saxofón...)

Amanecer entre los cantos de gallos y gallinas, entre naranjales pintados de amarillo. Gallos de cantos macho, gallos de cantos cortos, gallos de cantos a medio cantar, como si se le hubiera apagado la pila. Ellas, las chicas, a su lado, coloraditas, blanquitas, caramelas, bellezas que despertaban en las ramas y las ponían cantar. Un camino, perdemos la señal entramos a otro mundo.

Pero están también allí, presentes:

los pavos azules, regalo de México para el mundo, ¿será que tenemos más cercanías que diferencias?

son esos dioses sobre el barro a quienes acompañan las estrellas de papel y gallinitas que revolotean el maíz y que lo quieren picotear mientras lo están moliendo; para el tamal.

Estamos en San Pedro Coyutla, territorio nahua en la exuberante Huasteca que nace entre pinos cipreses y la cruz, tierra sobre la que, milagrosamente, brota de todo y sabe a fruta



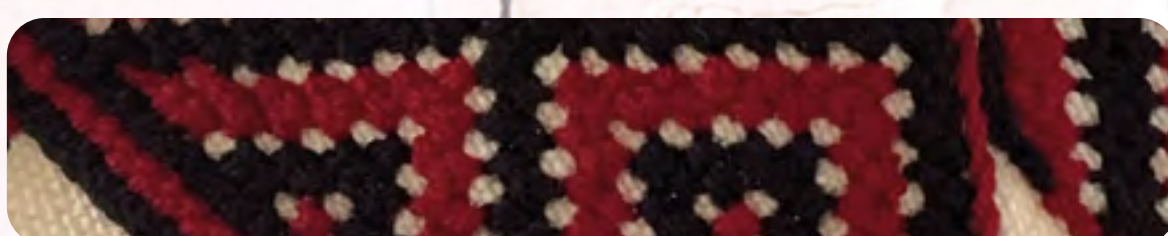


aunque huela a hule,
el maíz pulula y la caña también.
Y están las mujeres de pieles doradas, que
parecen salir sigilosas de entre los árboles.
**Son ellas como tinajas de tierra brillante,
que caminan sobre la tierra porque son
de la Tierra y viven en un Tiempo,
su Tiempo.**

Fucsia y encaje azul
naranja y encaje verde
rojo y encaje blanco
azul y encaje amarillo
Las mujeres visten con coquetas mangas plisadas
y sandalitas de plástico,
las mayores con blusas de algodón y flores
bordadas.
Ellas son los jardines, son las flores que adornan
este paisaje de tierra seca;
Porque está seca,
pero en ella crecen rosas.
Elsa de manos fuertes y cuerpo fuerte de
artesana
dientes de plata
y ojos que miran con sospecha
pero que se enternecen de repente, e iluminan,
al enorgullecerse sacando los troncos centenarios
con los que arma su telar de cintura;
son sus amuletos para que el tejido salga recto y
firme.

Con paciencia y sabiduría va armando la
urdimbre,
**Recio algodón en la base, delgado hilo en
la trama**

un tejido vertical y horizontal, la cuadrícula de



donde nacerá un quechquemitl,
 ícono de vestuario de su pueblo náhuatl. El traje
 de la boda, el de la solemnidad,
 el que nació para ocultar la desnudez
 y para marcar a la soltera y a la casada.
 Basta una red para construir un mundo.
 Ya lo señalaban las arañas, maestras de las
 tejedoras del desierto colombiano.

De repente, del fondo de su bolsillo, del de Elsa,
 muy escondido,
un huesito de venado;



El secreto vuelto aguja, la herencia de sus
 ancestras para hacer la tela;
 Para apretar los nudos que se van apilando uno
 al lado del otro y formando, línea a línea, como
 un milagro, un tejido.
 De allí nacen
 Malacaxtli o la flor que representa el sol,
 Palache, el guajolote macho;
 Cuapele, el gallo;
 Acatzana, el ave que sale al anochecer;
 Tucuanime, el tigre y que es “el que come” y
 representa el miedo,
 Huilotzi, el ave que canta en la milpa y que
 anuncia los problemas cantando,

MENÚ

A todos les dan lugar en el tejido que nunca será solo un tejido.

Porque para cerrar este universo, aparece el árbol de la vida, el que representa a la familia. Así ha sido desde siempre, un siempre que ella y ellas estiran, estiran a pesar de todo.

Estas mujeres

Se resisten a desaparecer. Pero no está fácil.

Nada fácil.

Adriana lo tenía todo subrayado. Un título sugerente, Huastecos a pesar de todo. Se le sentía la necesidad de saber, saberlo todo sobre ese territorio de origen. Chalma y San Pedro Coyutla, estado de Veracruz.

De donde la sangre es.

Su caja de Pandora.

En medio de la narración del territorio, cruce de tensiones desde hace tanto, aparece la trata de esclavos indígenas. La cercanía de la Huasteca al Puerto de Pánuco facilitó el comercio de la exportación humana. Se hizo a cambio de ganado importado del Caribe para satisfacer la mano de obra en las Antillas e iniciar la actividad ganadera en La Huasteca veracruzana.

Una vaca por 80 o 100 indígenas

O una oveja o un caballo.

No hemos de olvidar el temible nombre de Nuño de Guzmán, quien justificó la esclavitud “para convertir (a los indios) en buenos cristianos, el exilio les sería provechoso al alejarlos de su medio pagano y nefasto”.

Y entonces llegaron las vacas, la ganadería que invadió nuestras tierras para expulsar a sus cuidadores naturales.

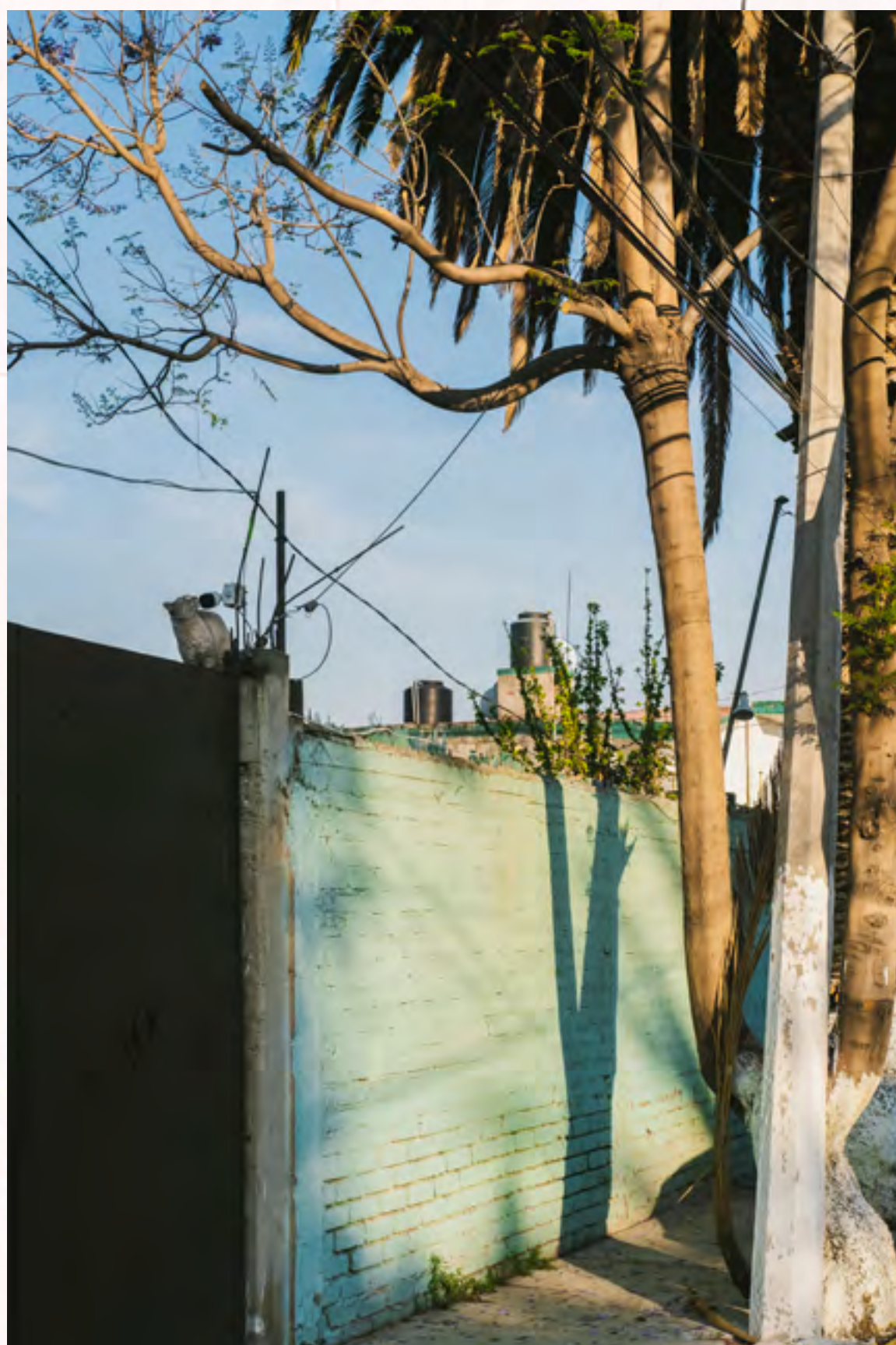
Nacieron los latifundios de la Huasteca a inicios del siglo XVII, tierras que no podían ser vendidas, por orden real. ¿Sus beneficiarios? Mercaderes reales que entre 1561 y 1616 recibieron a perpetuidad unas 20.000 hectáreas de tierras alrededor de Tantoyuca. Se les concedía bajo la condición de no cedérselas a la iglesia ni que indígenas las reclamaran en propiedad.

¿Ay, de dónde venimos?

cuántos dolores fundantes.

cuántos orgullos injustificados.





Mejor mirar las manos de Elsa,
Y las de Dominga, o las de María Magdalena.
A Consuelo la miramos corregir pacientemente
los hilos, con su medallita de la virgen al cuello
y la aguja de venado que le prestó la maestra
como un tesoro. Tejen porque allí está la vida.
Las cuatro hablan pasito, es un susurro que solo
ellas oyen, **suenan a viento**.
Con sus manos, con esas manos de la que nacen
flores y animales
cosechan los copos de algodón
de donde nace una manta fuerte
con la cual vestir el clima húmedo y, así, caminar
sin calor
Y, cuando llegue el momento, el quechquemitl se
completa
con una corona de algodón para casarse.
qué imagen esta,
la de **hacerte tu propio altar**
con las manos.
Y quisiera meterme en tus sueños, Elsa,
en aquellos que viajan por el tiempo,
ese, en donde todo nació.

Cierro entonces, con la ofrenda que sí puedo
hacer,
para honrar este momento
de origen,
con el barro de Chililico que vimos en Huejutla
de Reyes,
haciendo una oración
como lo hicieron en su tiempo las mujeres
artesanas,
en la bendición del agua
cargada en las vasijas sabias hechas por mujeres
sabias,
y coronada de flores
Mujeres
mujeres ellas, mujeres todas
mujeres que se reconocen y nos reconocemos,
mujeres en busca de historia
de nuestras historias,
mujeres pasado, mujeres futuro,
llorando la muerte para dejar de hacerlo.

Amén.





4.

Madre tejedora

(Repaso las palabras del diario de CDMX 2025, de los días en Solar. Palabras releídas y reinterpretadas de nuevo en marzo, con la distancia de los días).

(...)

Nada es fortuito en este viaje. Todas las pistas se van combinando de manera excepcional, como si las hubiera estado esperando para continuar el tejido de mi vida. Me fascina. Ponerlo en papel me permite ir haciéndole esos nudos a la historia que busca que **no se descosan las puntadas.**

Algo se me presenta reiteradamente en estos días: ese viaje por la infancia, esos recuerdos reales o inventados (*La invención del recuerdo*, de Silvina Ocampo) que se plasman como un testimonio de vida (*Visages d'un autoportrait*, de Zoé Oldenbourg) y que no tienen otro objetivo que volver a recorrer un camino (incluso si para hacerlo nos lo inventamos todo).

Pareciera ser una liberación del pasado, una reconciliación, una celebración y un pedido de perdón (en las cartas me salió un *Forgiveness* de entre la baraja).

Una necesidad de poesía.

Un gusto por pasearse por los juguetes de la infancia,
por los sueños,
por las calles
y las mascotas
y los muebles
y las caras que nos acompañaron en ese entonces.

Qué búsquedas, éstas, **las de navegar por el pasado.**

(Cineteca Nacional, 25 de enero)

Martha (Tilda Swinton en *The room next door*, de Almodóvar) intenta agarrarse del presente para no asustarse del futuro que le depara su cáncer cervical; para ello, hace las paces con su pasado y lo atesora en la reaparición de una amistad de vieja data, la de Ingrid (Julianne Moore). Ésta será quien la ayude a transitar hacia la muerte.





Antes de esta peli, vi un documental titulado hermosamente, *El compromiso de las sombras* (de Sandra Luz López Barroso), en donde Lizbeth, una mujer transexual, oficia las misas de muertos en su pueblo, San Nicolás; es la llamada para cantarle al difunto su despedida y permitirle el tránsito de sus sombras hacia un lugar que no lo atormente en la eternidad. Vive en el campo, rodeada de animales y árboles, envuelta en el silencio, ese que nunca está cuando acompaña a las familias en sus despedidas. Sola, en su casa, a veces se sueña con el difunto, señal de que su familia no lo está dejando partir en paz.

Qué peculiar esta manera de aparecerse la muerte.

Qué finos relatos contruidos por **la mirada femenina** (justo hace poco empecé a ver la serie —curiosamente también narrada por Swinton— de las cineastas: *Women make film*), sobre esa **mirada tan particular y distinta del ojo de una mujer**. Almodóvar logra sacar, de nuevo, en su último film lo más femenino de sí mismo, ese diálogo honesto entre dos amigas -que no amantes, que no interesadas y con doble agenda (aunque a Ingrid le seduce encontrar el diario de guerra de su amiga, le terminará pidiendo permiso para usarlo, hay, allí, una conciencia del afecto que va más allá de la oportunidad)— y se reencuentran en un momento esencial como la pronta muerte de una de ellas. Me hace pensar en esa honda conexión que logramos tener con nuestras hermanas-amigas, en la compañía incondicional que se ofrece en este vínculo, en ese cuidado que nos profesamos y que nos sale natural, aunque, eso sí, le echemos agüita permanentemente.

También Lizbeth, la sacerdotisa de San Nicolás, se nos presenta delicada y elegante, sobria, preparada para acompañar el dolor de los demás. La directora logra mostrar sus gestos suaves y ceremoniosos, cómo se calza sus sandalias de tacón grueso, cómo se peina discretamente con su moña, cómo se pone un turbante, cómo viste los modestos espacios funerarios con toda la belleza y dignidad, cómo canta y ora. **Son feminidades no exentas de dureza —como la vida misma —pero libres.** No se someten. Logra sobrepasar el propio prejuicio atenazando el dolor de la muerte con sus manos y sus oraciones. Sirve de puente entre la vida y la muerte, y no le teme a estar en ese lugar. Con ello, le ofrece paz a quienes no lo están por la pérdida. Por su parte, Ingrid termina entregándole a su amigo (John Turturro) su propio apocalipsis, tan nefasto es su presagio del futuro, incapaz de celebrar el presente; tan distinto a Martha que brilla ante el viento, el sol y el cielo, llena de gratitud por la vida. La cercanía de la muerte nos hace valorar la vida, algo tan manido, pero que, al final, es completamente cierto.



Releo y me quedo con el gesto de las manos.

Las manos que acarician, que consuelan, que acompañan, que rezan, que despiden, que tejen.

Las manos mujer

De las mujeres

De esa mujer que ya se fue.

(martes 11 de febrero)

Ya casi se cumple mi mes aquí y me sorprende el paso del tiempo, su velocidad. Y, sin embargo, cuánto detona el movimiento cambiar de escenario, incomodar la cotidianidad (o acomodarla distinto). He caminado esta ciudad enorme, me he movido en metro, en metrobus, en taxi, en caravana montada en un Cadillac inmenso (siguiendo a un Lincoln igual de grande, un Audi y una camioneta de platón), y en Uber. Pero, sobre todo, a pie, qué alegría saberme caminando sin temor, contemplando los árboles y oyendo los pájaros que pueblan las ramas, mirar cómo dominan las raíces de esta tierra, levantando el pavimento y obligándonos a mirar, por dios mirar, **los pasos que hacemos.** Mi paisaje lo componen Patriotismo, Insurgentes, Benjamín Hill, Baja California con Progreso, Revolución, Agricultura, Ciencias, José Martí, Carlos B. Zetina, Salvador Alvarado y, claro, Constitución 11, este lugar acogedor. Los caminos son hacia Condesa y las Romas (norte y sur), pero también fui a Coyoacán para visitar mi calle de Madrid y ver ese 84 en el que vivió, y pintó, Orozco, e ir también a la Cineteca y la Fonoteca y la calle de Salvador Novo y pasear por los Jardines de Coyoacán. Y, claro, ir al MUAC, en Ciudad Universitaria y maravillarme con el Parque Hundido desde el bus. Recostarme en un árbol en Chapultepec. Descubrir, mirando hacia el piso, el malva de las jacarandas aparecidas antes de tiempo. Qué fortuna.



Esta vez vi las fotos de Rulfo, una a una, en la biblioteca de Carlos Monsiváis (en la Biblioteca de México) y conocí la Sinagoga Histórica en el centro, así como el ex templo de Santa Teresa y San José¹, al lado del siempre impresionante Zócalo y esa Catedral majestuosa. El sol se ponía y hacía brillar la bandera que bajaron solemnemente los soldados. También descubrí un sofisticado bar de whisky en homenaje a Rosario Castellanos y paseé por las galerías de La Roma, así como por ese espacio alternativo, a las afueras de la ciudad, llamado La Fábrica de Nada, una antigua textilera, tan grande como esta ciudad, tan grande como un tapete

montaña, en donde ver esas moles de metal, colmadas de agujas detenidas era como presenciar el auge y la caída de algo muy muy grande.
(y aunque todos hablamos del final de la artesanía, porque quién quiere continuar con unos oficios que exigen tanto y ofrecen tan poco, lo cierto es que esas comunidades tejedoras **seguirán tejiendo el mundo con sus mitos y sus manos**).

1 Bordenar: Qué poderosas piezas, se me hizo la piel de gallina con los cuellos de las camisas de C. Mayela. Hay algo con lo fonético que me resonó mucho, por un lado esta idea de « alien », esa forma tan radical de nombrar al que no es de « acá », un extraterrestre a falta de mejores maneras de entender la otredad (R. Ulises?) y, luego, mi propia lectura del título: Bor DEAR (querido). Reveladora esa forma « Under Construction » de armar nuestras ciudades informales (I. Hernández) y que se vuelven el hogar, dejando de ser de paso, así como la noción porosa y poco solemne, arrasadoramente inventada del territorio nacional (P. Valls). Ay y qué duras las pieles, esos cueros que se vuelven los cuerpos (Y. Mao) y los que intentamos recuperar, por su desaparición (Forensics).

Un mes. Uno piensa que es eterno ese tiempo, y ahora que miro la lista me faltan el Anahuacali, el Museo de Arte Popular, el de Antropología, y la visita al Centro de la Imagen, al pie del centro artesanal de la Ciudadela. Esta vez tampoco fui a Tlatelolco, si bien pasé a su lado. Pero trabajé en las bibliotecas de La Salle, de nuevo en la Vasconcelos, en la del MUAC, en la de Salvador Novo (en Álvaro Obregón) y en la Capilla Alfonsina. Y en el café del FCE Rosario Castellanos.

(entre el 11 y el 18 de febrero)

Visita mezcalera a la Cantina El León de Oro y a La Ópera Bar.

También, estuvimos recorriendo las paredes del Jumex con la retrospectiva de Gabriel Orozco (¡emoción al ver en sus balones pinchados las flores pintadas de las cerámicas de Chilimico!). Y caminar desde la colonia Santa María La Ribera, Cuauthémoc, hasta los terrenos del Cinema Tonalá, en Roma Sur, siguiéndonos los pasos en busca de panes de guayaba, y topándonos con mercaditos de vejestorios, avisos de mascotas perdidas o de tarifas modificadas, y una plazuela de manos rosadas, cientos de manitas rosadas colgantes y de uñas coloridas que colmaron nuestras caras felices:

Eran manos

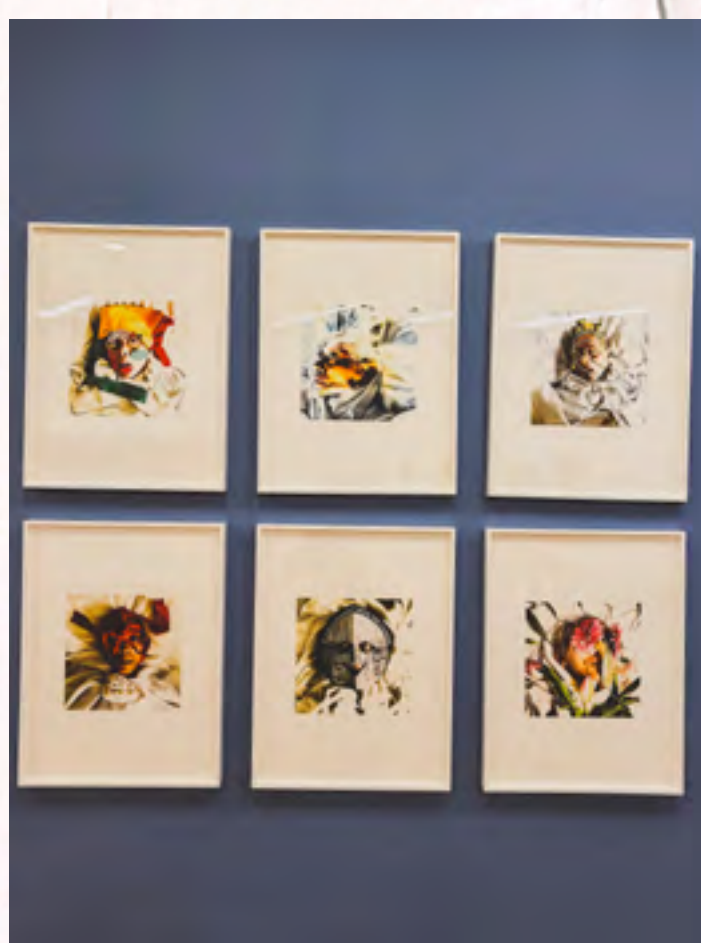
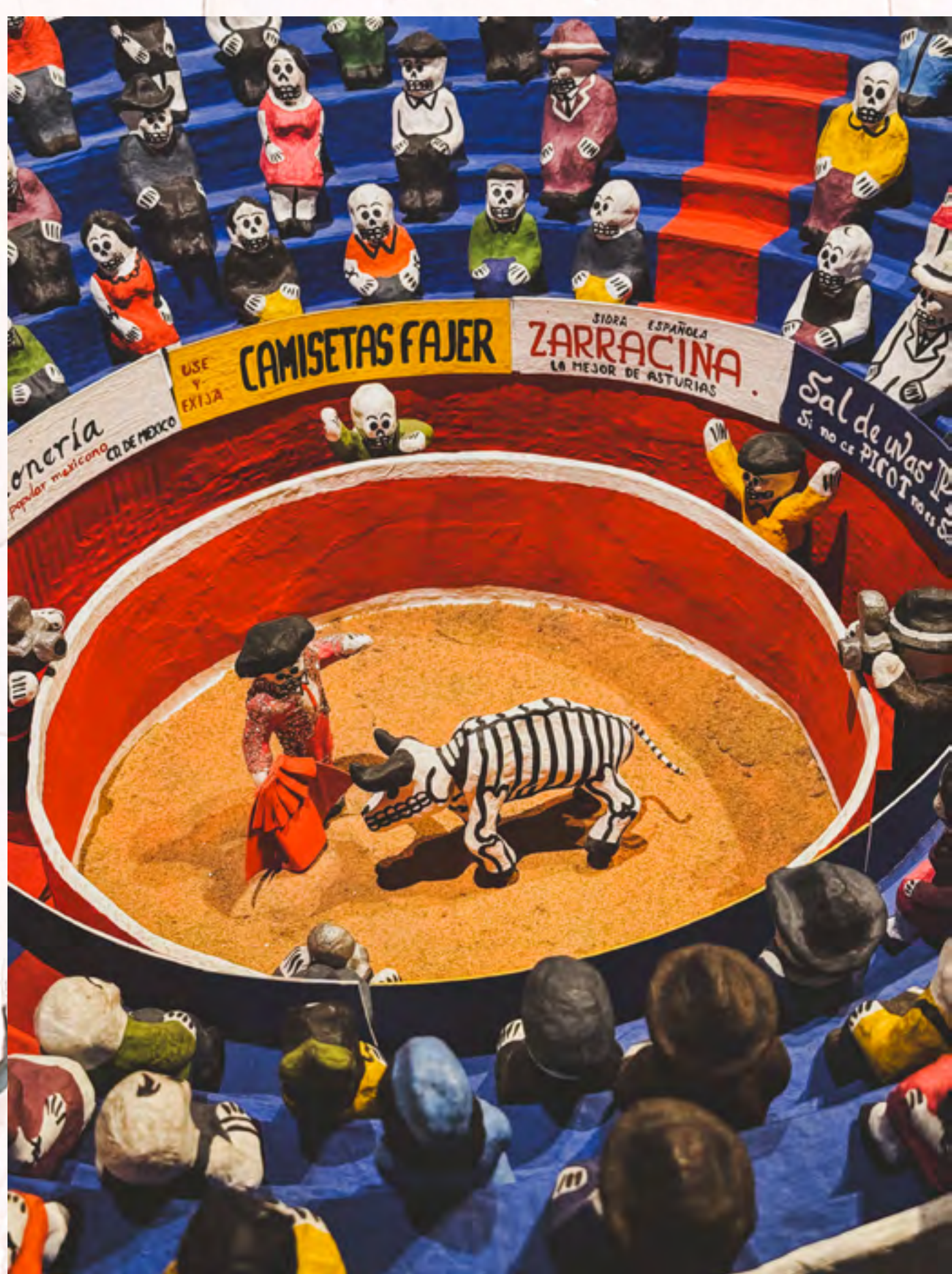
muchas manos,

muchas mujeres entregadas a las manos,

Como la gran metáfora de este viaje,

Manos hacedoras

manos tejedoras





Para finalmente entrar después al Museo de Arte Popular, qué cosa más bella, más potente, más genial, la de estas **manos creadoras, manos mentes, manos relato, manos color, manos corazón, manos ternura.**

Y, gran corolario, Antropología, justo la sala de la Huasteca, ay, esa cabeza colosal de Olmeca que me late vio Ruth apenas redescubierta... recién llegada a una México de los años de 1940, y allí mismo, como un feliz secreto, la sala de los textiles, **descubriendo cada puntada hecha por una mujer**, cada hilo, cada camino de esos símbolos bordados que cargan una historia consigo, cada huipil, todos gestos de cuidado de la tradición. Esa sala merece el silencio que la rodea, ese que te hace contener el aliento de tanta belleza.

... verla luego de haber visto a Elsa tejiendo, y saber, entender, valorar, el tiempo que significó ese trabajo en el telar, qué eternidad, ¡qué entrega! Y luego pasó que visitamos a Miho Hagino, esta dulce y poderosa artista japonesa que está trabajando con las bordadoras muxes de Juchitán de Zaragoza (Oaxaca).

Cada relato es un universo, tan lleno de pasado, tan lleno de presente, tanto, que, cuando encontramos las huellas de algo visto, contuvimos el aire, y sonreímos cómplices, plenas, de ver tantos hilos cruzados

Tantas madres tejedoras.



QUE NO CAIGAN EN LA CAÍDA
NI EN LA SUBIDA DEL CAMINO.
QUE NO ENCUENTREN OBSTÁCULOS
NI DETRÁS NI DELANTE DE ELLOS.
NI COSA QUE LOS GOLPEE.
CONCÉDELES BUENOS CAMINOS.
HERMOSOS CAMINOS PLANOS.

POPOL VUH



SIEM 2009	SIEM 2007	SIEM 2006
SIEM 2004	SIEM 2005	
SIEM 2003	SIEM 2001	



Handwritten red text, possibly a signature or name, in a stylized script.

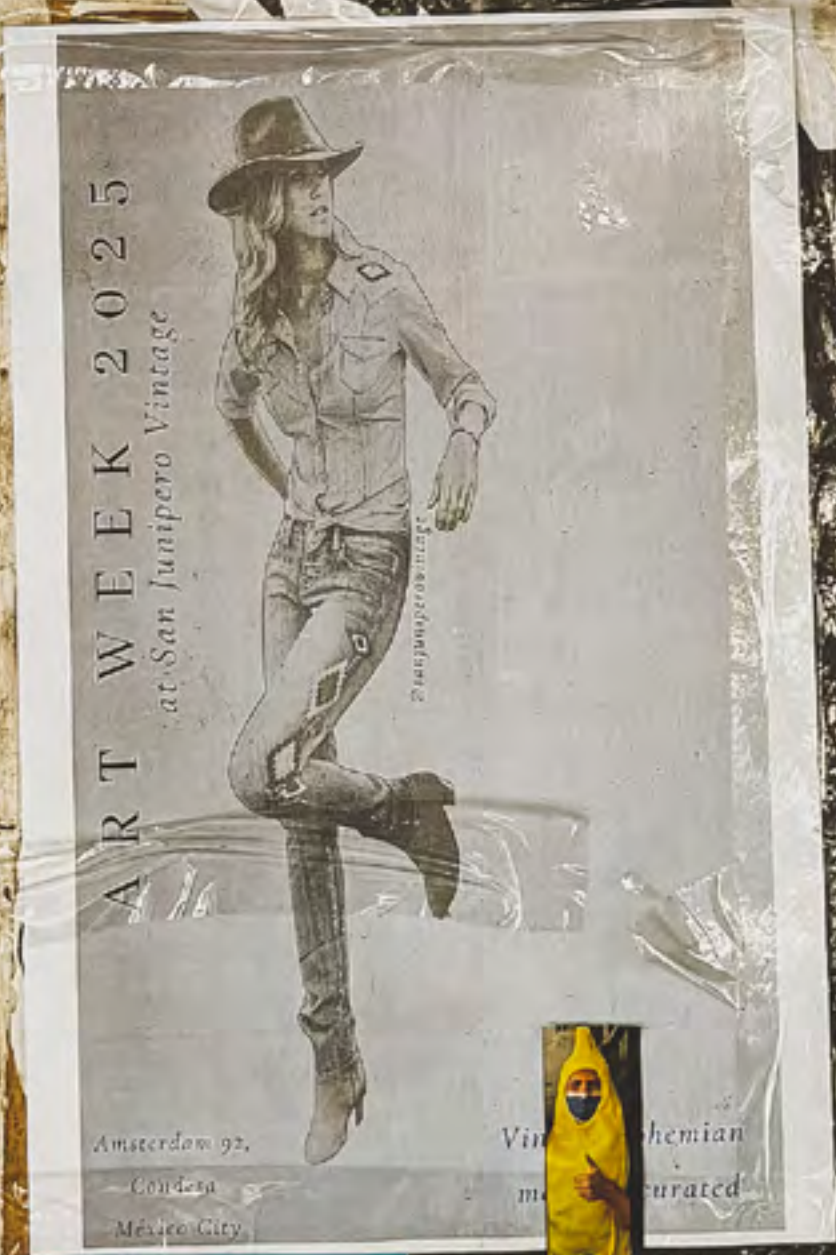
Unidad 4

ESTACION DE CAPTURA

ENTRADA

PAKAL

Vertical handwritten text in white ink, possibly a name or address, running down the center of the collage.



Handwritten text in white ink: 'Totalmente Sube', 'Hasta mucho más que miedo'.



Large handwritten exclamation mark '!' in black ink.

GO!
ACUZI

eso de ser la
inteligencia
mi terapia

Amsterdam 124, int 104,
Condesa







www.solarcultural.com